**Tomarse en serio la Trinidad en clave liberadora**

Desde pequeño me enseñaron, en la catequesis, que Dios era uno y tres, y que a eso le llamábamos Trinidad. Obviamente, nuestra mente infantil no daba mucho abasto a esa idea tan extraña de un Dios tres veces sí mismo. Lo único patente y, digámoslo, práctico de esa revelación es la señal de la cruz, que en mi caso me la enseñaron cubriendo desde la cabeza hasta el ombligo, lejos de la costumbre curiosa de terminar el “palo” de la cruz en el pecho. Pero volviendo: es en ese gesto de inicio y término en donde se manifestaba la idea de la Trinidad. Y claro, hasta hay una fiesta litúrgica, el domingo después de Pentecostés, que busca recalcar el misterio del Dios cristiano.

Pero es bueno, a estas alturas de la historia, preguntarnos si el misterio trinitario tiene sentido hoy para las cristianas y cristianos. Pensar también cuál es la carga liberadora que un tema tan espinudo como un Dios en tres personas puede mostrar.

Porque sí: no es lo mismo creer en un Dios absolutamente uno liberador que en uno en donde existe una comunión radical en su mismo “interior”. El Dios de Israel, el que libera al pueblo oprimido, no aparece desde la fe como una unidad absoluta, algo que podría generar interpretaciones problemáticas con respecto a la libertad del pueblo (un Dios benevolente, en la cima de su trono, mirando a su pueblo cual súbdito pasivo, tal como aparece en ciertos atisbos teológicos en la biblia). Quizá esté errando, y la riqueza de la reflexión por vertientes que apoyen esa unicidad podría aclarar mucho. Pero el Dios de la biblia, el Dios en que creemos tiene una distinción. Y ojo con lo que digo: distinción, como cualquier elemento que le da identidad a cualquier conjunto de creencias, lo que no la hace ni mejor ni peor.

Pero volvamos. ¿Qué sentido tiene la Trinidad para las y los cristianos de nuestrAmérica? Quizá la clave sea la tan manida comunión, el criterio relacional que rodea el misterio de Dios. No lo digo de manera peyorativa, sino de que es algo que ya sabemos de antemano. Y si lo sabemos, la pregunta que viene al caso es por qué seguimos pensando a Dios desde un monoteísmo absoluto. Un “monoteísmo cristiano” (Rahner) que no hace sino demostrar la influencia nefasta de un cristianismo-cristiandad, aliado del poder absoluto de los monarcas y emperadores, que muestra, precisamente, a un Dios entronizado, hablando y ordenando desde su altura por aquel “sacramento megafónico” de su poder, esto es, la Iglesia de cristiandad. ¿Dónde nace la comunión, si a Dios se le pone como *imperator mundi*, olvidando que el Dios de Jesús fue un rey torturado y coronado de espinas?

Lo abiertamente contrario a este dios es el Dios unitrino. Ni siquiera un Dios dual, de dos personas que se aman para sí mismas. No, uno trino que es comunicación plena y relación radical. Desde un amor realmente apasionado, que mueve y “hace bailar” (el Dios de Nietzsche es más creíble que un estático pantocrátor) es quien deja en el mundo su huella, huella que podemos observar y nos permite darnos cuenta de la inconmensurable y clara relación entre todo. Todo lo que está presente en la realidad es relación. Como también las relaciones humanas, las cuales, no obstante, siempre están cruzadas por la libertad y por la posibilidad de la fragilidad individualista.

Es en esa condición humana en donde entra la dimensión trinitaria en clave liberadora, puesto que debemos considerar un elemento importante de esa “danza” ya mencionada, conocida con el tecnicismo teológico *perikhoresis[[1]](#footnote-1)*. En ese movimiento de envolvimiento de amor y de proyección desde el lugar de la relación, se origina la inclusión, el abrazo que abarca a todo ser del universo y a los seres humanos todos. Por ello, cualquier violencia que implique la preponderancia del individualismo y lo jerárquico adolece de la expresión plena del sí-mismo, es decir, de ser-para-la-relación, de ser-para-l@s-demás.

Nos ilumina estas palabras de Leonardo Boff:

*La dinámica trinitaria nos permite también hacer una crítica social y eclesial y descubrir en la perijóresis de las divinas personas inspiración para nuestras relaciones humanas. Innegablemente hay una aspiración humana fundamental por la participación, por la igualdad, por el respeto a las diversidades y por la comunión con Dios. En nuestras sociedades periféricas estos valores son grandemente negados. Ello explica los anhelos de liberación y las luchas seculares de los oprimidos por su vida y libertad*[[2]](#footnote-2).

Lo trinitario, lo comunitario, lo profundamente amatorio y relacional, se expresa en las sociedades con una profunda valoración de las diversidades, no entendiéndose éstas como islotes de individualismo, sino en clave de hermandad (fraternosororal), igualdad y acogida entre todas y todos. Lo trinitario es, también la construcción de alternativas de organización socioeconómica que salgan al paso de la actual crisis de desigualdad y atomización, que no sólo afecta a lo humano, sino que además intensifica la destrucción y la desvinculación con lo otro-que-humano. La concepción monárquica del poder contribuyó a pensar a Dios desde la punta de la pirámide y desde un monoteísmo estricto. La tierra era anticipo del cielo, por lo que el poder despótico de reyes, emperadores y, más tarde, empresarios y especuladores, era la analogía del reino celestial, con las creaturas en plenitud en estado de absoluto catatonismo contemplativo ante el *imperator*.

Si embargo, toda comunidad humana, desde las estructuras de codescendencia (la familia) hasta todas las formas sociales, pasando por las comunidades religiosas y., específicamente, cristianas, son expresión de una vivencia de comunión que refleja a la fuente misma, Dios-Comunión: “en la medida en que uno crea comunión, se hace sacramento de la Trinidad”[[3]](#footnote-3).

Concluyendo, me uno a las palabras de Xabier Pikaza, aunque debemos repensarlas en una dimensión mayor, abarcando más allá de lo exclusivamente humano:

*Muchos piensan que la vida es un proceso de realización intrapersonal y, por tanto, cada uno debe preocuparse de sí mismo, manteniendo relaciones sólo superficiales con los otros. Pues bien, en contra de eso, en el Espíritu de Cristo descubrimos que no existe plenitud individual fuera de la entrega y comunión con otros: quien pretenda realizarse aislado se destruirá; quien entregue la vida a los demás conservará la vida verdadera, la realizará para siempre como gracia, en la Gracia de Dios y de su Hijo, que es el Espíritu Santo*[[4]](#footnote-4)*.*

**Luciano Troncoso Gutiérrez**

1. La expresión *perikhoresis* expresa “la inclusión de una persona en la otra, por la otra, con la otra y jamás sin la otra. *Perijoresis* (sic) significa la inter-retro-relación de todas las Personas con todas las Personas, es decir, hace que ellas sean uno (unificar)”. Leonardo Boff, *San José. Padre de Jesús en una sociedad sin padre*, Sal Terrae, Santander, 4ª ed., 2021, p. 134. [↑](#footnote-ref-1)
2. Leonardo Boff, “Trinidad” en I. Ellacuría y J. Sobrino (ed.), *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la Liberación*, T. 1, Trotta, Madrid, 1990, p. 525. [↑](#footnote-ref-2)
3. *Ibid.*, p. 526. [↑](#footnote-ref-3)
4. Xabier Pikaza, *Trinidad. Itinerario de Dios al hombre*, Sígueme, Madrid, 2015, p.570. Cfr. Boff, *San José. Padre de Jesús en una sociedad sin padre*, pp. 142; 143-144. [↑](#footnote-ref-4)